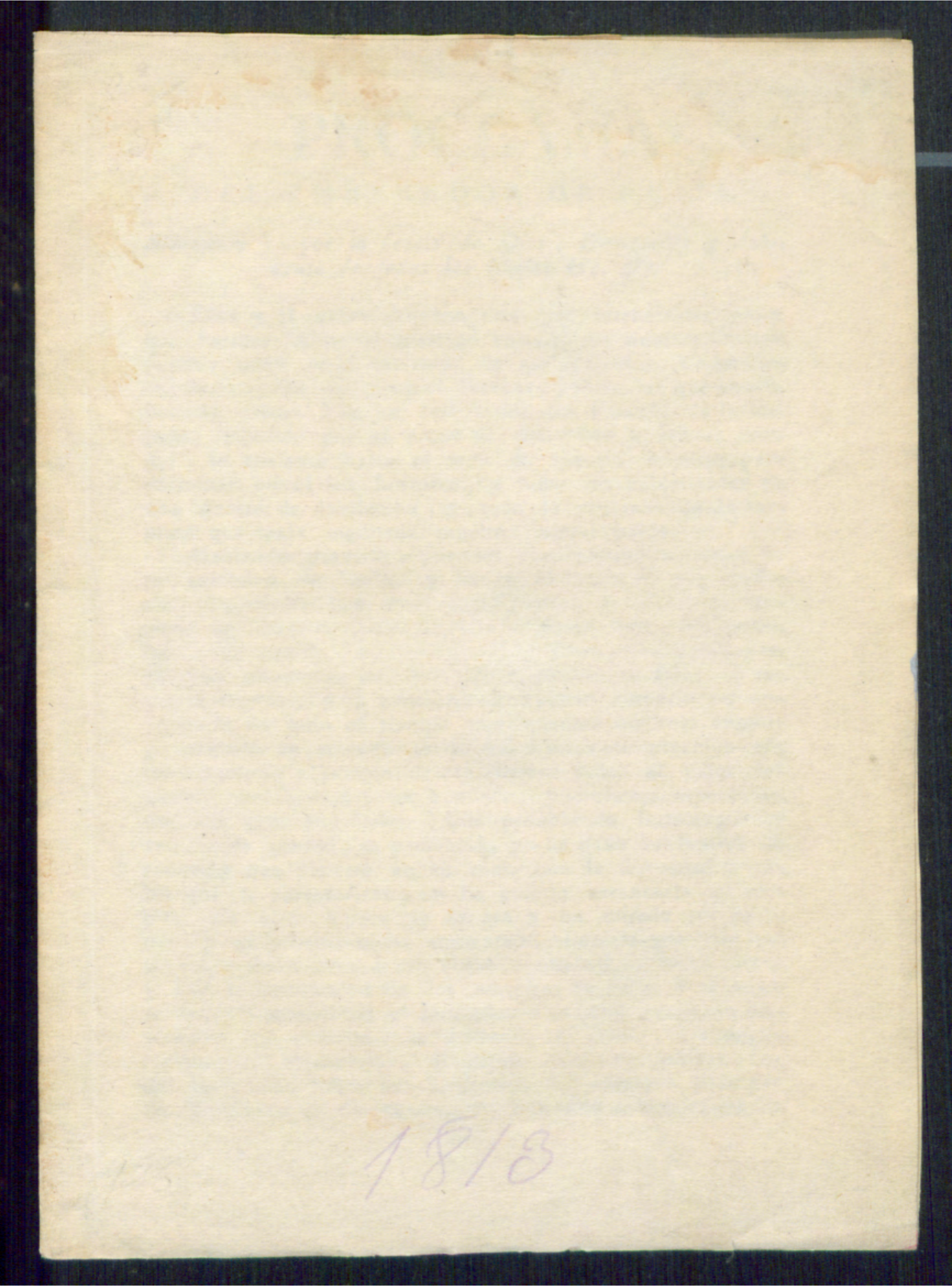
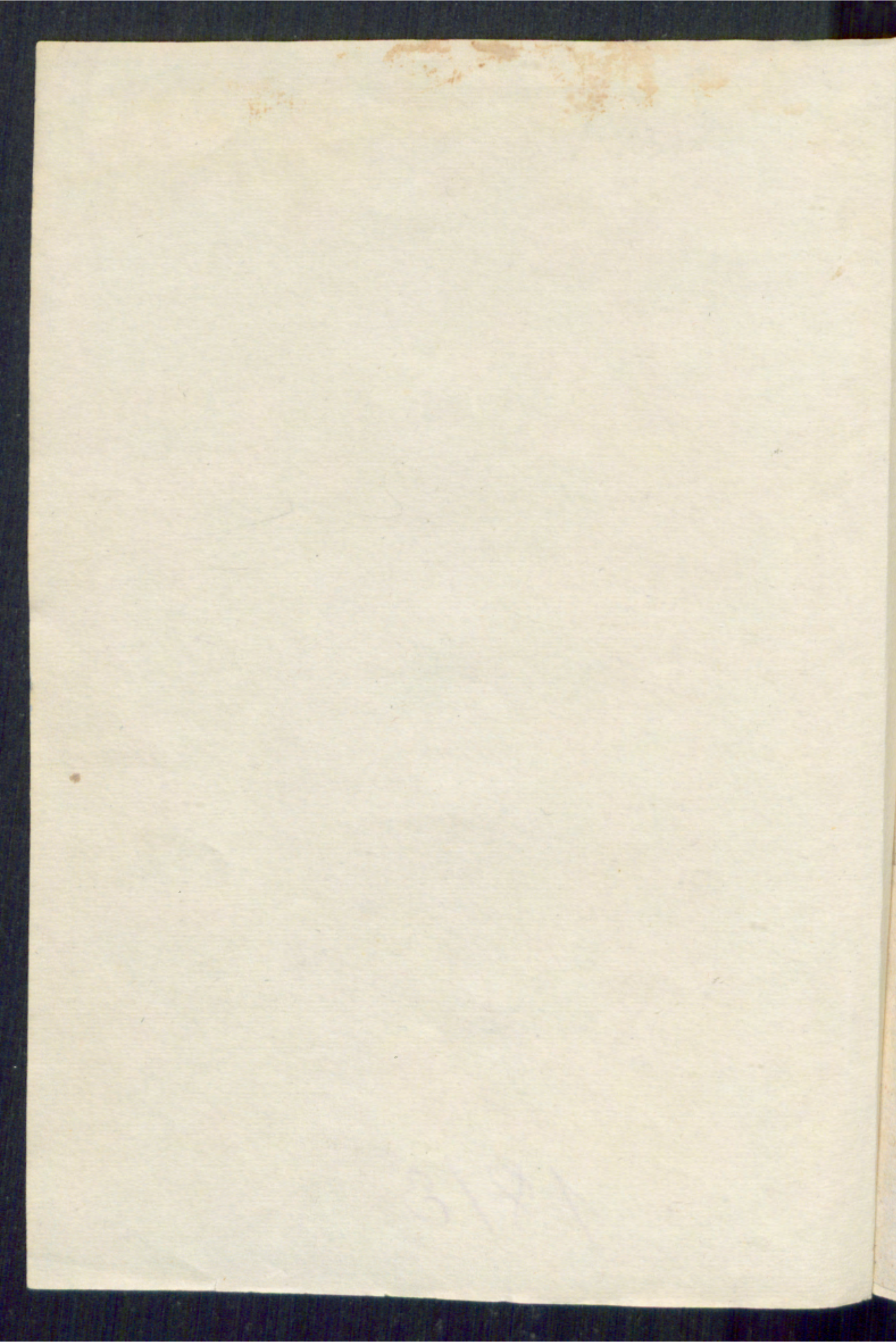

1818



PROCLAMA

DEL EMPERADOR DE RUSIA.

Alexandro I, por la gracia de Dios, Emperador y Autocrata de todas las Rusias &c. &c.

Dios y el universo saben con que intenciones, y con que fuerzas habia el enemigo entrado en nuestra amada patria: nada pudo desviarle de sus designios. Contando, orgulloso, con sus propias fuerzas, y con las que habia juntado contra Nos en casi todos los Estados de la Europa; impelido por el ardor de conquista y sed de sangre, se adelantó hasta el seno de nuestro Imperio para derramar en él los horrores, y todas las calamidades de una guerra de desolacion; y todo lo esperaba de la sorpresa que tenia meditada mucho tiempo habia.

Habiendo previsto, por las pruebas que teniamos de su ambicion sin límites y de la violencia de sus acciones, los males que iban á afligirnos, y viendole traspasar ya nuestras fronteras con un furor que nada podia reprimirle; nos vimos precisados, invocando ántes con corazon penetrado de dolor la asistencia de Dios, á sacar la espada, y à prometer à nuestro Imperio no envaynarla en todo el tiempo que quedase un solo enemigo armado en nuestro territorio. Esta determinacion era incontrastable, porque descansabamos sobre el valor del pueblo que Dios nos ha confiado; y nuestras esperanzas no han sido engañadas. ¡Qué pruebas de fortaleza, de valor, de piedad, de paciencia, no ha dado la Rusia! El enemigo que penetró en su seno con la ferocidad y rabia que le caracterizan, no ha podido arrancarle un suspiro. Ha visto correr su sangre y ha mirado sus heridas; y su aliento se ha aumentado. Parecia que las llamas que consumian á sus aldéas animaban su patriotismo, y que la destruccion de los templos de Dios fortalecian su fé, y alimentaban el sentimiento de una venganza implacable. El exército, la nobleza, el clero, los negociantes, los ciudadanos, el pueblo, en una palabra, todas las clases, todos los habitantes del Imperio, pródigos de sus bienes y de su sangre, han sido animados de un

mismo espíritu, de un mismo valor, de una misma piedad, y del amor mas ardiente á Dios y à su patria. Esta unanimidad, este zelo universal, han producido efectos casi increibles, y de que la historia de los siglos ofrece muy pocos exemplos. Contemplemos el inmenso exército recogido de veinte Reynos ó Estados diferentes, y reunido baxo la bandera de un enemigo ambicioso y feroz, embriagado de victorias, que entró en Rusia: contemplemos este exército de medio millon de hombres, llevando consigo mil y quinientos cañones. Con este exército terrible penetra en el corazon de la Rusia: allí se extiende, y señala sus pasos con el fuego y el asolamiento. Apénas habian corrido seis meses desde que este feroz enemigo rompió nuestras fronteras: ¿y que se ha hecho? El Salmista nos lo dirà: *He visto al impio armado de gran poder, y subiendo como un cedro nuevo. Yo no he hecho mas que pasar, y no exîstia ya: le he buscado; mas no se sabia donde hallarle.*

Esta sublime sentencia se ha cumplido en toda su fuerza con nuestro arrogante enemigo, con el impio que nos ha invadido. ¿Donde estan sus exércitos semejantes à una masa de opacos nublados amontonados por los vientos? Se disiparon como las nubes que se resuelven en agua. La sangre de una parte de estos exércitos ha regado los campos de los Gobiernos de Moskow, de Kalonga, de Smolensko, de la Rusia Blanca, y de Lituania; y la otra parte està en nuestro poder. En fin, despues de mortíferos combates, regimientos enteros implorando la magnanimidad de sus vencedores, han depuesto las armas á nuestros pies. Y los restantes perseguidos en su fuga precipitada por nuestras tropas victoriosas, teniendo que luchar con el hambre y el frio, han cubierto el camino de Moskow hasta las fronteras de la Rusia de cadàveres, de cañones, caxas de municiones, carros y bagages: de suerte que de estos exércitos formidables apenas algunos soldados sin armas, extenuados de fatiga y mutilados volverán à su patria para ofrecer à sus compatriotas un exemplo terrible de las espantosas calamidades que les esperan á los temerarios que se atrevan á penetrar en Rusia como enemigos.

Anunciamos á nuestros fieles y amados súbditos con vivísimo gozo, y con un reconocimiento sincero al Todo

Poderoso, que la realidad ha excedido à nuestras esperanzas, y que lo que habiamos anunciado al principio de esta guerra se ha cumplido. No queda ya un solo enemigo sobre el suelo de nuestro territorio; ó mas bien allí quedan todos; ¿pero en que estado? Muertos, ó heridos, ó prisioneros. Su soberbio Xefe, sí, su mismo Xefe, se ha escapado con la mayor dificultad, llevandose sus principales Oficiales, abandonando su Exército disperso, perdiendo su Artilleria, y enterrandola ó arrojandola á los rios; pero inutilmente, pues la hemos sacado de debaxo de la tierra y del agua. Esta escena de destruccion sobrepuja á quanto se pueda creer: apenas nos atrevemos à dar credito á nuestros ojos.

Y quien ha obrado estas cosas? Sin que queramos disminuir la gloria del Comandante en Xefe de nuestros Exércitos, este General distinguido que ha hecho á la Rusia servicios para siempre memorables; sin que queramos disminuir el merito de los valientes y habiles Generales que han mostrado tanto zelo y ardor, ni la gloria de nuestras alentadas tropas; debemos confesar que lo que ellas han hecho excede al poder humano. Reconozcamos, pues, la Divina Providencia en este acontecimiento maravilloso. Postremonos ante su Santo Trono, y reconociendo su mano que castiga la soberbia y la impiedad; en lugar de gloriarnos de nuestras victorias, que este grande y terrible exemplo nos enseñe á ser los modestos y tranquilos executores de su ley y de su voluntad; a no asemejarnos á estos sacrilegos profanadores de los Templos de Dios cuyos cadaveres sirven de pasto á perros y cuervos. Dios es Todo Poderoso en su bondad como en su colera. No sea otra nuestra guia, que la justicia de nuestras acciones y la pureza de nuestros sentimientos, si no queremos apartarnos de la senda que conduce á el. Pasemos à su Santo Templo, y allí, coronados por sus manos, tributémosle gracias por los beneficios que se ha dignado derramar sobre Nos; y dirigiendole nuestras oraciones, pidamosle, que nos continue sus favores, y ponga fin á la guerra; que nos conceda victoria sobre victoria, y la paz y tranquilidad que deseamos.

Dado en Wilna á 6 de Enero año de nuestro Señor 1813, y de nuestro Reynado el 12.=*Alexandro.*

SEGUNDA PROCLAMA.

Alexandro primero por la gracia de Dios. &c. &c.

La Rusia libre de sus numerosos enemigos, cuyos intentos y acciones compiten en atrocidad, y su destruccion completa en seis meses de tal manera que la huida mas precipitada no ha salvado sino un pequeño número fuera de nuestras fronteras, son otros tantos favores Divinos dispensados à la Rusia: sucesos tan grandes vivirán para siempre en los anales del mundo. En conmemoracion eterna del zelo sin exemplo, de la fidelidad, del patriotismo, y del amor à la Religion que han distinguido à la Nacion Rusa en la hora de sus calamidades, y para manifestar nuestro reconocimiento á la Providencia Divina que ha salvado la Rusia de la ruina que le amenazaba, ofrecemos levantar en nuestra primera capital una Iglesia, consagrada al nombre del *Salvador Jesu-Cristo.* Asi Dios quiera bendecir nuestra empresa ¡ ! Asi permita que sea cumplida ¡ Y que este templo subsista muchisimos siglos y que el incienso de la gratitud de los tiempos mas remotos humée sobre el Altar sagrado del Omnipotente, y excite entre los Rusos, con la admiracion, la imitacion de las hazañas de sus antepasados.

Wilna 6 de enero de 1813. = *Alexandro.*

(*Procurador general de la Nacion y del Rey, del Lunes 22 de Marzo de 1813.*

SEVILLA:

Por la Viuda de Vazquez y Compañia.
Año de 1813.

